

zando el 24 y 25 sobre Alcabón y Cebolla, y los encontró el 26 en Torrijos, resueltos ya á arrostrar el ataque que tanto decía desear, y que quería evitar á toda costa Wellesley, el cual no cesaba de repetirle que marchando de aquel modo iba á ser batido. En breve veremos cuán exacta era la previsión del general inglés.

La caballería ligera de Merlin, perteneciente al cuerpo del general Sebastiani, marchaba con los dragones de Latour-Maubourg á vanguardia. Cuesta, que tanto sentía la fuga precipitada de los franceses, se detuvo al verlos prontos á la resistencia y se apresuró á retroceder para hacerse fuerte con los ingleses. Entre Torrijos y Alcabón tenía que pasar un desfiladero, y para cubrirse durante el paso presentó en batalla cuatro mil infantes y dos mil jinetes regidos por el general Zayas. El general Latour-Maubourg, que mandaba en jefe las tropas de vanguardia, asomó saliendo de un olivar y desplegó sus escuadrones en línea paralela al enemigo. Mantuvieronse firmes al principio los españoles viendo que sólo tenían delante caballería, pero en cuanto divisaron la cabeza de la infantería empezaron á replegarse precipitadamente y se metieron en Alcabón. Arrancó entonces el general Beaumont contra ellos con el 2.º de húsares y un escuadrón del 5.º de cazadores; Zayas intentó oponerle los dragones de Villaviciosa; pero nuestros húsares y nuestros cazadores cerraron con ellos en todos sentidos, los envolvieron y los acuchillaron. Muy contados fueron los que se salvaron. Hecho esto, cayeron los nuestros sobre su retaguardia, que se dió á huir desordenadamente con el cuerpo de batalla (1). Si en aquel momento hubiese estado el primer cuerpo (que era el del mariscal Víctor) en disposición de acometer, el ejército español hubiera sido completamente derrotado; pero las tropas estaban rendidas con el calor, el terreno presentaba numerosos obstáculos, y el mariscal Víctor no quiso aventurar una nueva acción á pesar de las instancias del estado mayor de José (2).

Limitáronse los nuestros á dormir aquella noche en Santa Olalla. Al día siguiente, 27, salieron á las dos, aprovechando la frescura de la madrugada, y se encaminaron al Alberche para llegar el mismo día á Talavera, con intención de repeler al ejército combinado hacia Plasencia. El primer cuerpo, precedido por la caballería de Latour-Maubourg, seguía formando la cabeza de la columna. Al acercarse al Alberche se encontraron á la izquierda á los españoles, que estaban atravesando desordenadamente aquel riachuelo tributario del Tajo para replegarse á Talavera, y á la derecha una columna de ingleses que había acudido á Cazalegas en socorro de Cuesta, á pesar de lo que les repugnaba asociarse á sus imprudencias. Distinguíase desde lo alto de la mesa que domina el curso del Alberche, en la orilla opuesta, un dilatado bosque de encinas y olivos, y algo

(1) Así describen los franceses el encuentro de Torrijos; sin embargo, ni fué grande como se pinta nuestro descalabro, ni tan gloriosa la acción para las armas francesas. Salimos vencidos, es verdad; pero esto fué efecto de la temeridad del anciano Cuesta, que quiso empeñar el combate contra fuerzas muy superiores en número á las suyas. Por lo demás, la única parte que lidió de los nuestros fué la vanguardia que mandaba Zayas, la que sostuvo el encuentro por muchas horas con gran brío. La caballería de Villaviciosa no pudo maniobrar por haberse metido entre unos vallados.

(2) Así lo asegura el mariscal Jourdan.

más allá una serie de cerros muy elevados y sólidamente ocupados, que por un lado se unía á una empinada sierra y por el otro á la misma ciudad de Talavera y al Tajo que la atraviesa. Casi todo el ejército inglés estaba apostado en aquella cadena de cerros, detrás de numerosa artillería, guarecido con talas y fuertes reductos. Del bosque de encinas y olivos se alzaba una nube de polvo, que señalaba la retirada de las tropas enemigas desbaratadas la víspera, y hacía esperar el alcanzarlas antes de que llegasen á la posición atrincherada del ejército inglés. El mariscal Víctor, que tenía gran confianza en sus veteranos, que aún no conocía á los soldados ingleses y que por su elevada posición creía poder cargar con cualquier compromiso, se apresuró á vadear el Alberche con sus tres divisiones. Adelantóse con la división de Ruffin á la derecha, la de Villatte al centro, la de Lapisse á la izquierda y Latour-Maubourg de flanqueador, y envió á decir al rey José que hiciera le apoyasen el cuerpo del general Sebastiani y la reserva. Familiarizado con aquel país, que tantas veces había recorrido, lisonjeábase de que si le favorecían las circunstancias y se coadyuvaba á su intención, tomaría la posición de rebato.

Pasaron las tropas el Alberche en columna cerrada con el agua hasta la cintura, y se internaron llenas de ardimiento en el bosque. Vinó á las manos la división Lapisse, que estaba á la izquierda del mariscal Víctor, con la brigada de Mackenzie, que formaba la retaguardia inglesa, cerca de Casa de las Salinas, y en breve empezó entre ambas el tiroteo. El 16 ligero estrechaba de cerca á los ingleses, acosándolos denodadamente siempre que el terreno lo permitía. Al llegar cerca de un claro favorable al despliegue de las tropas, el general Chaudrón-Rousseau mandó cerrar á la bayoneta. Los animosos soldados del 16, ganosos de acreditar que no se les daba más de cualquier ejército aguerrido y disciplinado que de las indisciplinadas tropas españolas, acometieron con ímpetu á los dos regimientos ingleses (31 y 87) que tenían delante, los desbarataron y les causaron grandes pérdidas. Revolvieron los ingleses precipitadamente sobre el grueso de su ejército, que como dejamos dicho estaba apostado cerca de Talavera, entre el Tajo y las montañas: quería el mariscal Víctor perseguirlos, pero tenía que esperar á la división Villatte, que acababa de pasar el Alberche; tenía que esperar también á la caballería y artillería que no lo habían pasado, y faltaba sobre todo que se le agregase el cuerpo del general Sebastiani que aún quedaba rezagado. Si en vez de un rey dotado de valor personal, pero falto de experiencia y reducido á tener que consultarlo todo con un mariscal anciano, hubiera dirigido entonces el ejército un verdadero general en jefe, que se presentase en persona al frente de sus vanguardias para reconocer las localidades y resolver con oportunidad, los nuestros se habrían apresurado á pasar en masa el Alberche, y aprovechando el revés sufrido por los ingleses y la confusión con que se retiraban los españoles, habrían quizás tomado la posición enemiga. Pero cada cual seguía su propia opinión, ó estaba en la expectativa de órdenes, que llegaban siempre tardías y al cabo de prolijas consultas.

Hay que reconocer, sin embargo, que era ya algo tarde para coronar la jornada con un acto tan decisivo,

porque ni el mismo mariscal Víctor había llegado á ponerse enfrente de la posición de los ingleses antes de caer la tarde. Pasado el bosque de encinas y olivares que se extendía al otro lado del Alberche, se salía á una especie de mesa desde la cual se veía distintamente la posición de los ingleses. Era ésta, como dijimos, una serie de cerros, el más alto de los cuales descollaba á nuestra derecha cubierto de tropas inglesas y artillería, bajando gradualmente los otros hacia Talavera á nuestra izquierda, igualmente cubiertos de tropas y de artillería española. En el centro de esta posición había un fuerte reducto erizado de cañones, defendido por tropas de ambas naciones. Más lejos y á nuestra izquierda extendiábase hasta Talavera y la orilla del Tajo numerosas manchas de encinas y olivos, talas y cercados, que servían de sostén al valor del ejército español, que sólo brillaba, como frecuentemente hemos observado, cuando la naturaleza del terreno le ofrecía donde abrigarse. Podía haber allí apostados veinticinco ó veintiséis mil ingleses y treinta y tantos mil españoles, además de la división de Wilson que se divisaba en las montañas á nuestra derecha, deseosa de reunirse con el ejército principal: eran, pues, sesenta y cinco ó sesenta y seis mil los enemigos que teníamos que combatir con los cuarenta y cinco mil soldados que llevábamos nosotros, y que compensaban con su excelente calidad su inferioridad numérica. Lo que importaba era batirse bien, y no comprometer ligera ó torpemente un valor tan entero como fogoso.

Además de ser la posición de ingleses y españoles de suyo fuerte, era perfectamente adecuada á la principal cualidad del enemigo, que consistía en saberse resistir en una situación defensiva. Para llegar á ellos había que salvar un barranco profundo, que los separaba de la mesa en que habíamos desembocado saliendo del bosque, y trepar después bajo sus fuegos por una porción de cerros escarpados. Posible era sin embargo rodear por nuestra derecha aquella cadena de alturas, merced á un accidente del terreno del que habría podido sacarse mucho partido: en efecto, el cerro que formaba el punto último de la posición de los ingleses estaba separado por un espacioso valle de la alta sierra que ciñe la cuenca del Tajo. Bajando el barranco de que hablamos poco ha, podían los nuestros avanzar en derechura sobre el enemigo, y subiéndolo á la derecha internarse en el valle, rodeando el cerro que formaba la extremidad de la posición enemiga y en cuya cima estaba acampada la división de Hill. Habría sido menester para esto llevar allí una porción considerable de fuerzas francesas sin que los ingleses lo advirtiesen, y después atacar resueltamente su línea de frente y por la espalda. Muy probablemente la habríamos tomado con este conjunto de disposiciones, como veremos en breve.

El mariscal Víctor, que había advertido la gran confusión con que se retiraban las tropas enemigas, se figuró poder tomar de rebato al caer la tarde el cerro que estaba á nuestra derecha, y que una vez tomado no podrían ya conservar su posición los ingleses, quedando para él solo el honor de la victoria. Esta resolución espontánea, resultado de un celo extremado y de un valor á toda prueba, no habría seguramente tenido lugar con un general en jefe que hubiese mandado con autoridad y energía: nunca habría empezado sin saberlo él,

por un ala y á una hora tan avanzada, una batalla campal, sin que antes hubiese él decidido el momento y modo y aun resuelto sobre la conveniencia de darla.

Arrebatado Víctor por su ardimiento, é ignorando con qué clase de tropas se las había, lanzó la división Ruffin al cerro mencionado entre nueve y diez de la noche. Esta división, que era una de las más brillantes del grande ejército, se componía de tres regimientos completos, el 9.º ligero, el 24 y el 96 de línea; mandábanla dos jefes de gran mérito, el general Ruffin y el general de brigada Barrois. Mandó Víctor que el 9.º ligero embistiese de frente el cerro principal que de cara á nosotros descollaba, que el 24 le rodease saliendo por la derecha al valle que nos separaba de las montañas, que el 96 se dirigiese á la izquierda para apoyar directamente al 9.º: dejó las divisiones de Villatte y Lapisse de reserva para tener á raya al enemigo por la izquierda. La artillería asestada en la mesa hubiera podido jugar contra los ingleses disparando por encima del barranco; pero se temió que con la obscuridad de la noche dañase á los nuestros y quedó inactiva.

Avanzaron nuestras tropas resueltamente en la obscuridad hacia el objeto señalado á su coraje. El 6.º ligero, que fué el primero en romper la marcha, bajó de la mesa al barranco, y acometió de frente el cerro que trataba de tomar. Advertidos los ingleses de este movimiento, rompieron contra nuestros soldados un fuego mortífero aunque entre tinieblas, pero no consiguieron detenerlos. Subieron los nuestros por las vertientes arrollando á la bayoneta á la primera línea enemiga, y arrojando siempre el fuego llegaron á la cumbre. Ya algunas compañías del 9.º ligero habían tocado á la cima del cerro y aun desalojado á algunos ingleses, cuando el general Hill, viendo que aquellos arrojados acometedores no estaban sostenidos ni por la derecha ni por la izquierda, envió contra ellos una parte de sus tropas que les cogió de flanco y les cortó la acción. Acometido el 9.º de frente y por la izquierda, tuvo que ciar dejando no pocos muertos y heridos en lo alto de la mesa. Fué causa de este revés el retraso del regimiento 96, que detenido en el barranco por obstáculos imprevistos, había tardado en atravesarle mucho más de lo que se había pensado; y también la demora del 24, que se perdió internándose por la derecha en el valle. Al llegar estos dos regimientos al teatro de la acción, se encontraron con el 9.º ligero que iba en retirada, si bien no derrotado, y conservando una inalterable serenidad bajo el fuego de los ingleses. Había perdido trescientos hombres en esta vana tentativa: su coronel Meunier salió de ella con tres balazos. No creyó el mariscal Víctor deber continuar aquella nocturna refriega, y tuvo por más conveniente dar algún descanso á unas tropas que, habiendo salido de Santa Olalla á las dos de la madrugada, se habían batido cerca de Talavera á las diez de la noche. Pasó lo restante de ésta en aquel mismo campo, en la mesa que hacía frente á los ingleses: por la izquierda unía la caballería las tropas de Víctor con las del general Sebastiani y la reserva, que habiendo ya atravesado el Alberche, estaban desplegadas frente al centro del enemigo; los dragones de Milhaud observaban desde la extremidad izquierda la carretera de Talavera. Por este lado los españoles, acosados sin descanso por nuestra caballería, estaban entregados á una confu-

sión extraordinaria y se establecían en su posición como mejor podían. En su aturdimiento se creyeron acometidos al oír el tiroteo de la división Ruffin, y empezaron á disparar sin concierto, sin objeto y sin motivo. No dejaron por eso de ponderar al día siguiente que habían tenido que repeler una vigorosa acometida nocturna. Menos disculpable fué todavía que los ingleses, situados al mismo lado, repitiesen aquella falsedad.

Al otro día, 28, memorable en nuestras guerras de España, interesado el mariscal Víctor en reparar el descalabro accidental de la víspera, quiso entrar en acción desde el amanecer confiado en que ahora vencería en cuanto se ejecutase con el necesario conjunto el ataque del cerro. Recorriendo el camino á caballo, viendo al ejército inglés establecido en la cadena de cerros de los cuales el principal era ya nuestro, y al ejército español protegido con los cercados, las talas y los bosques, se persuadió nuevamente de que tomando el cerro que se alzaba enfrente de nuestra derecha, el ejército combinado, sacudido por decirlo así de la posición que ocupaba, sería repelido sobre Talavera y probablemente precipitado al Tajo. Resolvió en consecuencia atacar inmediatamente y con todo el ímpetu posible, enviando aviso al rey José para que llevase inmediatamente sobre el centro del enemigo las tropas del general Sebastiani y de la reserva, á fin de que los ingleses no cayesen sobre él en masa mientras estuviese ocupado contra la extremidad de su línea.

Repitiendo, pues, espontáneamente su temeraria resolución, quiso proporcionar á la división Ruffin una buena ocasión de desquitarse del revés de la víspera, y la mandó embestir el cerro con sus tres regimientos á una. Situó la división Villatte detrás y de reserva, y encargó á la división Lapisse que con los dragones de Latour-Maubourg fingiese por la izquierda un movimiento contra el centro de los enemigos. Pero no bastaba un mero amago para evitar que cayesen en masa sobre la división Ruffin.

Púsose, en efecto, en movimiento esta valerosa división al quebrar el día con un solo cambio en su orden de marcha. El 9.º, diezmando ya en la primera tentativa, debía atacar por la derecha tomando el valle; el 24, que no había venido á las manos con el enemigo, debía acometer de frente contra el centro, y el 96 por la izquierda como la víspera. Bajaron estos tres regimientos al barranco, atravesáronle después despreciando el fuego de la división entera de Hill, con una firmeza que llenó de admiración al ejército inglés. Superaron las primeras cuestas, y llegaron á un terreno que formaba en cierto modo la primera meseta de aquel cerro, oponiendo á su fusilería y á la metralla una serenidad incomparable; pero Wellesley, que estaba en medio de su ejército conduciéndose como verdadero general, distinguió perfectamente que la división Lapisse, formada á la izquierda de la división Ruffin, no estaba á la distancia proporcionada para maniobrar, y menos todavía el resto del ejército francés: dirigió entonces sin pérdida de tiempo parte de su centro, compuesto de tropas del general Sherbrooke, contra la división Ruffin, y ésta, sufriendo ahora el mismo trato que había sufrido el 9.º durante la noche, esto es, cogida por el flanco mientras arrostraba por el frente un fuego mortífero, se vió precisada á retroceder. Hízolo lentamente y escarmentan-

do á los ingleses que querían acosarla, pero pagó caros su temerario ataque y su brillante retirada, pues perdió mucha gente. Cerca de quinientos hombres de cada regimiento, ó lo que es lo mismo, mil quinientos combatientes, cubrían los tramos de aquel funesto cerro, contra el cual acababan de estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con pasmoso heroísmo.

El mariscal Víctor, que había expuesto su propia persona, reconoció que no era posible tomar la posición de rebato contra tropas semejantes; pero sin desesperanzar, y confiado siempre en la victoria, aplazó el ataque decisivo para el momento en que pudiese obrar todo el ejército francés. Eran las diez de la mañana: José, que había acudido al primer cuerpo para desempeñar en él por fin su papel de general en jefe, deliberó con el mariscal Jourdan, el mariscal Víctor y el general Sebastiani, sobre el partido que convendría tomar, porque antes de decidir cómo se daría el ataque, convenía saber si se había de atacar, esto es, si se había de dar la batalla. Sobre esta cuestión tan esencial hubo pareceres discordes: el mariscal Jourdan con su grande experiencia se pronunció contra la idea de presentar batalla, y alegó muy buenas razones. En su concepto se había dejado ya escapar la ocasión más favorable de tomar la posición del enemigo, que él personalmente acababa de reconocer y cuyas ventajas y desventajas conocía. Lo que debía haberse hecho era llevar por la noche al valle, cuando los ingleses ignoraban aún el verdadero punto de ataque, una parte considerable del ejército francés, conservando el resto en línea para disfrazar ese movimiento; asaltar después de improviso, con pujanza y á una, el cerro principal antes que el enemigo pudiese revolver sobre él con los necesarios medios de defensa, y una vez tomada aquella altura, repeler el ejército combinado sobre Talavera y el Tajo, donde se le podría hacer sufrir una verdadera derrota. Pero no era ya tiempo de hacerlo, porque Wellesley sabía por dos tentativas sucesivas el verdadero punto de ataque; porque ya se echaría de ver el menor movimiento, y el general enemigo no dejaría de mandar á su izquierda tanta fuerza como enviásemos nosotros á nuestra derecha; porque además, ejecutando ese cambio de frente, no nos quedarían para retirarnos en caso de derrota más que los caminos impracticables que conducen á Ávila, y la retirada no podría hacerse sino sacrificando la artillería y los bagajes del ejército. Atendidas estas cosas, siendo el ataque de frente dudoso y el ataque de flanco demasiado tardío y además peligroso para una retirada, era menester tomarse tiempo, replegarse al abrigo del Alberche, escoger allí una posición defensiva, y esperar á que el mariscal Soult asomase con sus tres cuerpos reunidos por detrás del ejército anglo-español.

El mariscal Víctor lleno de ardimiento, con el deseo de desquitarse de las dos tentativas infructuosas de la víspera y de aquella misma mañana, confiando en la pujanza de sus tropas, sostuvo que si sus acometidas no habían producido el resultado apetecido era sólo por haber carecido de apoyo en el centro; que si el cuarto cuerpo, que mandaba el general Sebastiani, se dirigía con la reserva contra el centro del ejército inglés, se comprometía á enseñorearse con su solo cuerpo del cerro, que era la llave de la posición. Repitió varias ve-

ces que él por su parte renunciaba á hacer la guerra si con tropas como las suyas no podía tomar la posición del enemigo. Titubeaba José entre la fría prudencia del mariscal Jourdan y el arrebatado entusiasmo del mariscal Víctor, sin saber qué partido tomar, cuando llegó una carta de Soult anunciando que, á pesar de lo que había ofrecido, no podría hallarse antes del 3 de agosto á espaldas de los ingleses. Sin embargo, el cuerpo del mariscal Mortier estaba en Salamanca el 26, el de Soult se hallaba en el mismo día repartido entre Salamanca y Toro, y nada al parecer era obstáculo para que estuviese el 29 ó el 30 en Plasencia con treinta y ocho ó cuarenta mil hombres. De todas maneras, corría el día 28 y había que esperar seis días el apareamiento del mariscal Soult; pero gsería posible en estos seis días hacer frente á sir Arturo Wellesley y á don Gregorio de la Cuesta por un lado, y á Venegas por otro, amenazando ya éste á Toledo y Aranjuez? Estas consideraciones y el ansia de pelear que animaba al mariscal Víctor hicieron inclinar la balanza en favor del proyecto de dar la batalla, y se resolvió atacar inmediatamente. Tomáronse al punto las disposiciones necesarias. Convínose en que ahora sería el ataque simultáneo y de nuestra derecha á nuestra izquierda, para que el enemigo, precisado á defenderse en todas partes, no pudiera llevar refuerzos á ningún punto. El mariscal Víctor debía conducirse de otro modo distinto que la víspera y que por la mañana: en vez de asaltar directamente el cerro, había de hacer desfilár la división Ruffin por el valle que separaba la posición del enemigo de las montañas, llevarla por lo más hondo de aquel mismo valle donde empezaba ya á asomar el inglés Wilson, y no trepar el cerro hasta que le hubiese dejado atrás completamente. Entretanto la división Villatte debía poner una de sus dos brigadas al pie del cerro para amagar y contener allí á los ingleses, y la otra en el valle para sostener á la de Ruffin contra una masa de caballería que á lo lejos se divisaba. La división Lapisse, que formaba la izquierda de Víctor, debía por su parte acometer de concierto con el cuerpo de Sebastiani al centro enemigo con todo el ímpetu posible para atraer allí la fuerza principal de los contrarios. Cuando esta acometida contra el centro hubiera producido su efecto y la división Ruffin hubiese ganado bastante terreno en el valle sobre la izquierda de los ingleses, debía el general Villatte asaltar de frente el cerro con sus dos brigadas, como lo había ya hecho la división de Ruffin. Procediendo de este modo, lícito era esperar que saliese bien el ataque. Los dragones de Latour-Maubourg con la caballería ligera del general Merlin, debían tomar á la derecha y seguir á la división Ruffin al valle, donde asomaba, como acabamos de decir, gran caballería inglesa y española. Los dragones de Milhaud estaban destinados á operar hacia la extremidad izquierda y á tener ocupados á los españoles por el lado de Talavera. La reserva de José, situada á retaguardia en el centro, tenía encargo de acorrer al que lo necesitase; por último, la artillería de Víctor, establecida en la mesa enfrente de la posición de los ingleses, debía inundarlos de proyectiles disparando por encima del barranco. Estas disposiciones bien ejecutadas hacían esperar que la batalla sería para nosotros feliz.

Aunque las órdenes del estado mayor se comunica-

ron y recibieron con toda prontitud por la poca extensión del campo de batalla, no empezaron á cumplirse sino á las dos de la tarde por causa de los numerosos movimientos que tenían que hacer las tropas. La división Ruffin bajó al valle por una quiebra y subió por él en columna cerrada hacia el flanco de los ingleses, mientras las dos brigadas de Villatte, que habían descendido al barranco que nos separaba del enemigo, y miraban la una al valle y la otra al cerro, se mostraban dispuestas á reunirse con Ruffin ó volverse para embestir de frente la posición que con tanto ahinco se nos disputaba desde la víspera. Disparaba entretanto la artillería dirigida por el coronel d'Aboville, por encima del barranco, cubriendo de fuego á los ingleses. Últimamente la división Lapisse se aprestaba á embestir al centro de la línea, y el cuerpo del general Sebastiani se movía para tomar el reducto hacia el cual se juntaban los dos ejércitos combinados. Pero mientras se verificaban estos movimientos con toda la unión posible, ocurrió un accidente que introdujo cierta turbación. La división alemana de Leval, que había vuelto á pasar hacía pocos días del cuerpo del mariscal Víctor al del general Sebastiani, había sido situada á la izquierda de este último para cubrirle el flanco en unión con los dragones de Milhaud para el caso en que los españoles intentasen desembocar por Talavera. Había recibido orden de mantenerse á la misma altura que el cuerpo de Sebastiani, y no distinguiendo bien su posición entre los olivares y encinares que cubrían aquel terreno, se situó impensadamente bajo los fuegos del reducto del centro, embestida á la derecha por los ingleses y á la izquierda por la caballería española. Los alemanes formaron cuadro, recibieron á los jinetes enemigos con descargas á quemarropa que les hicieron volver grupas y fueron en seguida ganando terreno. En su movimiento ofensivo adelantaron á un regimiento inglés que los acometía por la derecha, y habiéndole envuelto, iban á hacerle prisionero, cuando el general Porbeck, que mandaba las tropas badenses, cayó muerto de un balazo. De resultas de este acontecimiento que dejó á los badenses sin jefe, tuvieron los ingleses tiempo de reconocerse, retroceder y ponerse en cobro. Viendo el estado mayor de José esta acción prematura, quiso detener á los alemanes por temor de que entrando en la refriega demasiado pronto hiciesen falta después para cubrir el flanco de la división de Sebastiani, y mandó al general Leval que se retirase. Mejor hubiera sido en verdad proseguir vigorosamente el ataque, haciendo uso de la reserva si los españoles asomaban repentinamente por el flanco del general Sebastiani, que retroceder ante el enemigo; sin embargo, la división de Leval tuvo que irse retirando, y como entre aquellos olivares era trabajoso recoger la artillería que había quedado sin caballos con las descargas del reducto, tuvo que abandonar ocho piezas que luego ostentó el enemigo como un trofeo (1).

(1) Lo fué efectivamente, y así resultaría de la misma narración del historiador francés si hubiese referido con más imparcialidad los pormenores de la batalla, que el ejército aliado pudo con razón considerarse como ganada el día 28. En efecto, la división de Leval no retrocedió sino cuando se vió flanqueada por la primera línea más avanzada de los españoles y acerbillada por una batería que mandaba don Santiago Piñeiro. Repelidos así los fran-

Habiendo procurado remediar así en lo posible aquel percance, los generales Sebastiani y Lapisse marcharon á un tiempo hacia adelante. Lapisse, que llevaba consigo el 16 ligero y el 45 de línea desplegados, y al cual seguían el 8.º y 54 de línea en columna cerrada, embistió las alturas que flanqueaban el cerro principal y le unían con el llano de Talavera, y á pesar del fuego de los ingleses avanzó terreno. Sebastiani con su soberbia división francesa, compuesta de cuatro regimientos, acometió por la izquierda del general Lapisse. Los ingleses cerraron con él llenos de furor. Su brigada de la derecha, mandada por el general Rey y compuesta de los regimientos 28 y 32, les hizo frente y los repelió. La brigada de la izquierda, que mandaba el general Belair, fué acometida á un tiempo por españoles é ingleses; pero no desplegó menos energía que la del general Rey, y lo mismo que ella hizo cara á una multitud de enemigos. El 75 y el 58 contrastaron las cargas de la caballería española, mientras los alemanes de Leval avanzaban de nuevo en diversos cuadros. También por aquí como por el lado de la división Lapisse íbamos poco á poco ganando terreno. Mientras esto ocurría en la izquierda y en el centro, la artillería á la derecha, situada enfrente del famoso cerro y disparando por encima del barranco, causaba grandes estragos en la división de Hill; el general Villatte seguía aguardando dentro del barranco la señal de ataque, y la división Ruffin adelantaba por el valle hacia la izquierda de los ingleses. En aquel momento, la caballería portuguesa de Albuquerque, unida con la caballería inglesa, quiso atajar el camino del valle á la división Ruffin y la acometió al galope. Viendo venir la carga, se formó la división para dejarla pasar, y los jinetes anglo-portugueses lanzados á la carrera recibieron las descargas de las tropas de Ruffin y Villatte simultáneamente. Algunos volvieron atrás, pero el 13 de dragones ingleses no pudo volver grupas por la gran velocidad que llevaban sus caballos: visto lo cual por la brigada de caballería ligera del general Strolz, esperó maniobrando diestramente que pasase, emprendió luego tras él y le embistió por el flanco y por retaguardia, mientras los lanceros polacos y los caballos ligeros westfalianos le acometían de frente. Así el malhadado regimiento de dragones fué desbaratado, acuchillado y hecho prisionero (1).

Esto pasaba hacia nuestra derecha, mientras en el centro el general Lapisse, que conducía su división en persona y había ya trepado á las alturas ocupadas por el enemigo, á la cabeza del 16 ligero, cayó muerto de

ceses, y cuando ya flaqueaban, dió sobre ellos una asombrosa carga el regimiento de caballería del Rey, y atropellándolo todo nuestros jinetes, dieron lugar á que se cogieran diez cañones, de los que trajo Piñero cuatro al campo español. Ésta y otros encuentros no menos gloriosos hicieron que la refriega se presentase favorable á los aliados, primero en ambas alas del ejército, y por fin hasta en el mismo centro, donde, si bien hubo un cruel momento de apuro y desconcierto, se restableció en breve el equilibrio por la previsión y atinadas disposiciones de Wellesley y la muerte del general Lapisse, para nosotros afortunada.

(N. del T.)

(1) La caballería inglesa sin embargo logró desconcertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la división española de Bassecourt y la caballería de Albuquerque. Y por último, contribuyó no poco á decidir la superioridad del ejército aliado en la izquierda el grande estrago que causó en el enemigo parte de nuestra artillería manejada por el capitán Entrena.

(N. del T.)

un balazo. Este suceso produjo tal desaliento en su división, que acometida por las tropas de Sherbrooke, cedió al momento el campo. Advirtiólo el mariscal Víctor, arrancó al galope, y despreciando el fuego enemigo reunió sus tropas y volvió á ponerlas en línea; pero insistiendo los contrarios en no perder la ventaja conseguida, cayeron en masa sobre la división de Lapisse. Al mismo tiempo el cuerpo del general Sebastiani, descubierto por el movimiento retrógrado de la división Lapisse, fué impetuosamente acometido por su derecha; pero los regimientos 28 y 32 se condujeron con su acostumbrada valentía, mantuviéronse firmes bajo el mando del general Rey, y sólo cedieron el terreno absolutamente preciso para volver á ponerse en línea con las tropas que acababan de retrogradar.

Era llegado el momento de redoblar el esfuerzo, de ir con la reserva á socorrer á las divisiones Lapisse y Sebastiani, y de enviar por último las dos brigadas del general Villatte al cerro que había conseguido rodear Ruffin. Todo en efecto presagiaba nuestra victoria (2). Los ingleses, cubiertos de metralla por las baterías que teníamos en la mesa, parecían desconcertados; su artillería estaba desmontada y sus fuegos casi habían cesado. En aquella situación, un solo esfuerzo simultáneo y vigoroso debía ser bastante para vencer su proverbial tenacidad; pero José, que á pesar de haberse dejado arrebatar por el ardimiento del mariscal Víctor, había cedido ya mucho á las reflexiones del mariscal Jourdan, viendo el día muy avanzado y la victoria aún dudosa, quiso suspender la acción para proseguirla al día siguiente. No había por cierto motivo para desanimarse, porque íbamos ya á ganar la batalla (3); pero como poco acostumbrado á sostener grandes lides, mandó suspender el ataque. Eran las cinco de la tarde, y estando en el mes de julio quedaban aún muchas horas de día para poder terminar la función. Acudió al punto el mariscal Víctor, encareció lo seguro que era el triunfo si Ruffin, que había penetrado en el valle hasta el punto conveniente acometía á los ingleses por la espalda mientras Villatte los embistiese de frente; alegó el visible desconcierto del enemigo y cuantas razones había para apurar todo lo posible aquella jornada, oponiendo á sir Arturo Wellesley una constancia igual á la suya. Movido José de estas razones, iba ya ceder al consejo del mariscal Víctor, cuando se le presentaron varios oficiales diciéndole que se divisaban por las orillas del Tajo arriba destacamentos españoles que ocupaban al parecer al Alberche. Llegaron al mismo tiempo apresu-

(2) Véanse sobre la exactitud de este aserto las dos notas anteriores. (N. del T.)

(3) Con razón se maravillará de la impugnación que contienen las anteriores notas el que lea estas rotundas aseveraciones; pero cesará su extrañeza considerando: 1.º, que Mr. Thiers ha omitido en su narración aquellos pormenores que precisamente determinaron la ventaja obtenida por los aliados el día 28; 2.º, que aunque el enemigo fué vencido y rechazado, como en realidad no hubo derrota, ni fuga, ni resultado para él vergonzoso, ha podido fácilmente el historiador, con sólo suprimir lo desfavorable, sostener y aun exagerar la ya antigua ilusión de sus compatriotas de que no había sido adversa para ellos la jornada. ¿En qué se conoció, pues, se preguntará acaso el vencimiento de los franceses? Dicho está: en que fueron rechazados y tuvieron que retirarse, si bien el vencedor no pudo utilizar el triunfo por causa de los movimientos de Soult, que con fuerzas poderosas venía cayendo sobre la izquierda de los aliados. (N. del T.)

radamente otros de Toledo con la enojosa noticia de que Venegas asomaba amagando á Aranjuez y Madrid, y entonces el carácter irresoluto de José decayó al influjo de estos informes.

Temió verse envuelto, y confirmado en sus temores por el mariscal Jourdan, que llevaba á mal la batalla, mandó al general Víctor la retirada é indicar al general Sebastiani el momento preciso de hacerlo para que éste verificase la suya simultáneamente. No atreviéndose el mariscal Víctor á desobedecer ahora, envió á decir al general Sebastiani que batiría retirada hacia media noche; sin embargo reiteró sus instancias para que le autorizase José á continuar la batalla al otro día. Pasó José parte de la noche en ansias crueles, rodeado de oficiales encontrados en sus pareceres, diciendo los unos que estábamos envueltos por derecha é izquierda, y los otros que los ingleses aparecían inmóviles en su posición y en la imposibilidad de adelantar un solo paso. Mientras así fluctuaba entre el temor de verse envuelto si persistía en la lid y el de verse acusado de flojedad ante el emperador si mandaba la retirada, supo que el ejército abandonaba su posición, y le sacaron de su irresolución los acontecimientos, que ya él no dirigía. En efecto, en cuanto recibió el general Sebastiani el aviso que le transmitió Víctor, por no faltar á la obediencia juzgó que debía replegarse, y lo verificó. El mariscal Víctor, que tanto había deseado permanecer en su posición para renovar al día siguiente el ataque, viendo por su parte que el general Sebastiani se retiraba, acabó por retroceder también, de modo que el 29 al romper el día todo el ejército se puso en movimiento para repasar el Alberche. De este modo ponía término una casualidad á la batalla que otra casualidad había hecho empezar (1). Nuestro ejército volvió á pasar el Alberche tranquilamente con todos sus heridos, sus bagajes y su artillería, á excepción de las ocho piezas de la división Leval que habían quedado en un olivar. Los ingleses, satisfechos con verse libres de nosotros, se abstuvieron de perseguirnos: habían dejado en el campo varios generales muertos ó heridos, y fuera de combate de siete á ocho mil hombres, de los cuales cinco mil eran suyos y los restantes de los españoles. Casi todo el estrago era debido á nuestra artillería. No fué menor nuestra pérdida, pues dejamos allí unos mil muertos y cerca de seis mil heridos. Murió el general Lapisse, pérdida en sumo grado dolorosa; murieron también ó salieron heridos otros muchos generales y coroneles. Habríamos ciertamente ganado esta batalla, que quedó indecisa, si el mariscal Víctor no hubiese dado el ataque fuera de tiempo y por un solo punto, así en la víspera como

(1) La orden de retirarse, dada casi sin motivo al mariscal Víctor, el cual sólo la transmitió al general Sebastiani por no faltar á la obediencia, aunque con la esperanza de que sería revocada, fué causa de un grande altercado entre el rey José y el mismo mariscal Víctor. He leído las Memorias dirigidas por ambos al emperador, su común juez, y de su cotejo imparcial saco los pormenores que aquí consigno. He creído que debía reunir todos los documentos de esta causa singular y publicarlos al fin de este libro por su mucha extensión, para que el lector se forme una idea de la anarquía que reinaba en las voluntades siempre que estaba ausente Napoleón. Espero también que vea el lector que al pintar las pasiones de aquella época, no sólo me preservó de su contagio, sino que hasta repugno el lenguaje en que se expresaban.

(N. del A.)

TOMO VIII

aquella mañana; si al hacerse general el ataque, de parcial que había sido, se hubiese dado tiempo á la derecha de coadyuvar á la acción de la izquierda, si no nos hubiésemos retirado tan pronto, si no hubiésemos fiado la conclusión de la batalla á la casualidad, que era también la que la había precipitado; por último, si no hubiese reinado en todo la confusión dimanada de la falta de conocimiento y de voluntad. La batalla de Talavera es una de las más importantes é instructivas de la guerra de España, porque ofrece en sí sola una imagen completa de lo que pasaba en aquella nación, donde tantos y tantos heroicos soldados veían malogrado el fruto de su heroísmo por falta de dirección. Es indudable que el rey José y el mariscal Jourdan, dejándose guiar únicamente el uno por su buen seso natural y el otro por su experiencia, habrían dispuesto las cosas mucho mejor de lo que lo hicieron, no teniendo por obstáculos la insubordinación de los generales por un lado y por otro la autoridad apartada de Napoleón; esto es, una desobediencia que destruía todos sus planes y una voluntad imperiosa que, á la gran distancia en que se hallaba, los paralizaba sin prestarles la menor luz. En Talavera se veía completamente resumida esta triste situación.

José, que se sentía atraído hacia Madrid por el temor de los peligros que amenazaban á su capital, revolvió hacia Santa Olalla, no en verdad con la precipitación propia del vencido, puesto que no lo era (2), sino al contrario, con la lentitud natural de un enemigo formidable que se aleja por cálculo. Sus soldados demostraban la altivez que convenía á su ardimiento, y sólo ansiaban venir de nuevo á las manos con los ingleses; pero la actitud de éstos hacía ver bien claramente que no serían perseguidos, y además tenían la esperanza de verlos en breve en grande aprieto en cuanto asomase Soult por su espalda. Sin embargo, José dejó á Víctor en el Alberche para que los observase y tomase en los próximos acontecimientos la parte que le cupiese en suerte en cuanto hiciera su apareamiento el mariscal Soult. Para detener al general Venegas y cubrir á Madrid, se encaminó á Toledo y Aranjuez con el cuerpo de Sebastiani y la reserva, que eran más que suficientes, á pesar de sus pérdidas, para hacer cara al ejército de la Mancha, al que solo el general Sebastiani había ya sentado la mano.

Sir Arturo Wellesley, á pesar de hallarse reforzado con los tres ó cuatro mil hombres de la brigada de Crawford desde la víspera de la batalla de Talavera, había salido tan maltratado que le era ya imposible dar otra batalla. Casi todas sus piezas estaban desmontadas y sus municiones casi agotadas. Sus soldados necesitaban absolutamente descansar de los violentos esfuerzos que habían hecho. No era, pues, de temerse que, imitando á Napoleón, repitiese una maniobra que después se le ha echado en cara no haber ejecutado, cual era caer sobre el mariscal Soult después de haber hecho frente al rey José y batirlos uno tras otro. En todos los siglos sucede que cuando han salido bien algunos modos de proceder, se convierten en tipo obligado, tipo al cual se quiere ajustar todo y que sirve de ley para censurar los actos de todos los hombres de la época. Ver-

(2) Queda ya rebatido este error.

(N. del T.)

6